

literatura y libros

La Epoca

3940

0001656-21

“Todo artista es un rebelde, por su espíritu prometeico, la obsesión de sus límites y sus posibilidades y la firme creencia de que el don creativo le exige a uno ser militante de una revolución permanente en pro de la libertad y la dignidad humanas, sobre todo en una época en que la cultura está en crisis”.

Humberto
Díaz-Casanueva:



Guillermo Tejeda

La poesía como profundización y defensa de los derechos humanos

ANA MARIA FOXLEY

Humberto Díaz-Casanueva se sigue sintiendo un rebelde. A los 80 años, recuerda con nitidez cuando a los quince lo expulsaron del Liceo de Aplicación por fundar un centro cultural con ideas demasiado osadas para la época. Se siente orgulloso de ser escritor contestatario, a su modo, “a pesar de mi apariencia tranquila y burguesa”.

En los años 20, época de efervescencia política y cultural, participó en la lucha por la reforma educacional, junto a la Asociación de Profesores, mientras estudiaba en el Instituto Pedagógico. Antes, se había titulado como el maestro más joven de Chile y había enseñado en el pueblito de Linderos, siguiendo la influencia de Gabriela Mistral en su dedicación por los niños. Producto de la lucha magisterial, tuvo que partir, exilia-

do a Uruguay, huyendo de la dictadura de Ibáñez.

Tenía sólo 19 años cuando publicó su primer libro, *El aventurero de Saba*, con dibujos de Nora, la hermana de Jorge Luis Borges. Al poco tiempo de regresar de Uruguay, donde estudió Filosofía, obtuvo una beca para Alemania. Pasó ahí seis años, en pleno ascenso del nazismo. Obtuvo su doctorado en la U. de Jena, con el máximo de los honores, luego de una tesis sobre Ortega y Gasset y una defensa oral de la filosofía de Kant. A su regreso a Chile, en plena época del Frente Popular, el venezolano Mariano Picón Salas, el mismo que lo había salvado del hambre y de la hostilidad que producía su piel morena entre los nazis, se lo llevó a su país, a que fundara, junto a otros chilenos, el Instituto Pedagógico de Caracas.

Desde entonces no pararía más de viajar, como diplomático. Tampoco su pluma se

detendría. *Vigilia por dentro*, *El blasfemo coronado*, *La estatua de sal*, *Requiem*, *Los penitenciales*, *El pájaro Dunga*, *El niño de Robben Island*, son algunos de sus hallazgos poéticos. Lo premiaron por ellos dos veces, con el Premio Municipal, en 1947, y con el Nacional, en 1971.

Hace 22 años que lo acompaña en sus afanes, Leonora Kracht, su segunda esposa, quien trabajó cerca suyo en las Naciones Unidas cuando él era Embajador de Chile, nombrado por Salvador Allende. Desde 1973, Díaz-Casanueva es miembro del grupo *ad hoc* de seis expertos que se preocupan de los efectos del *apartheid* en Sudáfrica y asiste periódicamente a las reuniones de consulta.

Se han escrito ensayos y libros sobre su poesía. El último fue *La poesía de Humberto Díaz-Casanueva* de Evelyne Minard, de

la Sorbonne, publicado recientemente en Chile (Ed. Universitaria, 1988).

Su poesía caracterizada por “la metáfora desatinada, alucinante, aquella que vela lo referencial para desvelar el fondo mítico”, como dice el prólogo de Saúl Yurkievich, es analizada por Minard, como una aproximación “al misterio de la escritura”.

Ella descubre “una poesía visionaria y paradójicamente volcada hacia adentro, absorbida por la búsqueda de los orígenes y la abolición del tiempo, entregada a una lucha desesperada contra la disolución y la muerte”.

Sentado en el verde y frondoso jardín de su casa santiaguina, con el acompañamiento constante de piar de dos canarios y dos catitas australianas y el maullar de su gato siamés, Díaz-Casanueva conversa, lúcido y vital. De pronto se para y recorre capítulos de su vida que se posan en los muros de su

laberíntico escritorio y biblioteca. Emergen de allí máscaras africanas, un ícono griego, un mascarón de proa inglés, un cuadro de Matta, muchas fotografías célebres, con Neruda, con Indira Ghandi, y dos autografiadas, una de Frei y otra de Allende, de quienes fue amigo personal.

Cercano y distante al mismo tiempo de Neruda y Huidobro y de la generación del 38, se sabe distinto y no siempre comprendido.

—¿Por qué cree que la poesía de Neruda y Huidobro tuvo más resonancia que la suya?

—Neruda y Huidobro son anteriores a mí y muy superiores, por supuesto, en creatividad e influencia. Cada uno constituye una constelación, una cúspide de resonancia universal. Naturalmente no son soles que me encueguezcan, ni me considero su discípulo, a pesar de su atracción magnética. Sigo admirando en Neruda su *Residencia en la tierra*, y en Huidobro su *Altazor* y *El ciudadano del olvido*. Pero, además, los admiro como exploradores de selvas vírgenes y destructores de un orden caduco.

“Neruda era un hombre de bohemia, muy pobre, con el que nos juntábamos a conversar, tomando vino, hasta las tres de la mañana. Hablábamos de problemas vitales. Mientras, Huidobro era un hombre sobrio, intelectual de salón. Nosotros íbamos a verlo a él y discutíamos problemas intelectuales. Ellos exigían una especie de militancia estricta, de gran lealtad personal. O se estaba con Huidobro o se estaba con Neruda.

“También Gabriela Mistral emergía firme en sus concepciones y en su lenguaje. Y me duele que se postergue a Rosamel del Valle y a Juvencio Valle.

“Nunca envidié a Neruda o Huidobro, ni me preocupé esa fruición vanidosa que es la fama. Ello no quiere decir que no me sienta orgulloso de mi aporte a la poesía chilena. *Alone* se ensañó conmigo, y me extraña que algunos me demuestren indiferencia o me culpen de metafísico o hermético. No obstante, me siguen descubriendo en el extranjero.

—A los 22 años tuvo que partir exiliado a Uruguay. Desde la perspectiva de la dictadura de Pinochet, ¿cómo juzgaría ahora la de Ibáñez?

—Ibáñez persiguió a los profesores y yo huí a Montevideo donde desarrollé, durante tres años, una intensa campaña contra él. Fueron años duros, pero deslumbrantes. Allí me inicié seriamente en la Filosofía con el maestro Carlos Vaz Ferreira. Ibáñez era un dictador latinoamericano que terminó siendo populista y secretamente partidario de Allende. Años después, me ofreció el Ministerio de Educación que yo rechacé recordando la campaña que hice en su contra.

“Pinochet se aparta del dictador clásico de nuestros países, trata de asemejarse a Franco, aplica la doctrina de Seguridad Nacional, obliga a las Fuerzas Armadas a penetrar y dirigir todos los órdenes esenciales de la vida nacional, destruye el Estado y lo transforma en un producto híbrido: el Estado totalitario-liberal. La derecha clásica es abolida y, en su lugar, crece una nueva clase empresarial. Trata de estimular la lucha de clases, instaurando un profundo foso entre ricos y pobres. Bajo su administración se tortura y se mata. La justicia castrense invade la justicia civil y la educación es descuartizada. Los opositores, somos *barrabases* o *humanoides* y la Constitución es un *pastiche*...

—También vivió otra dictadura, la de Hitler. Un año después que Ud. llegó a Bonn como becario, él ascendió al poder. ¿Cómo pudo estudiar Filosofía en ese am-

biente de fanatismo mesiánico y de opresión?

—Felizmente, dentro del nazismo, había islotes de oposición, como la Universidad de Jena, en la cual me doctoré bajo la dirección del profesor Peter Petersen. Asistí al envilecimiento de una gran parte de la población y a la persecución de artistas e intelectuales. Al final fui tomado preso. Sucedió porque en un encuentro de médicos que hubo en Jena, yo les traducía a tres profesionales chilenos que asistían al evento. Una noche nos fuimos a un restaurante donde había vino chileno y luego a un bar. Un grupo de alemanes que nos vio morenos, creyó que éramos judíos, y se armó la gresca. Salimos a pelear a la calle, unos seis chilenos contra 40 alemanes. Quedamos molidos y a mí me llevaron detenido. Estuve tres días preso. El embajador de Venezuela en Checoslovaquia, Mariano Picón Salas, se trasladó a Jena, me liberó y me llevó a Praga.



—¿Por qué la experiencia alemana no quedó registrada en su obra poética?

—La experiencia nazi está implícita en mi poesía, dentro de las referencias, alegorías y símbolos. Pero un análisis e interpretación del nazismo va a aparecer en mis *Memorias* en las que he escrito mucho sobre ese nefasto período.

—Fue discípulo de Heidegger en Friburgo y le influyó el estudio de Nietzsche. ¿Qué relación tiene su poesía con la filosofía? Hay algo metafísico en ella...

—El libro que más me impresionó en mi juventud fue *El origen de la tragedia* de Nietzsche. Jena está muy cerca de Weimar, donde se hallan los archivos del gran filósofo. Yo trabajé ahí algunos meses revisando las traducciones al castellano y constatando las adulteraciones de su hermana Elizabeth, a quien conocí ahí, cuando tenía unos 90 años. Me autorizó a visitar la pieza en que murió su hermano, ya extraviada su razón. Aún se conservaba un vaso con una cuchara, de sus últimas medicinas. Me impresionó.

“De Heidegger fui alumno en sus cursos sobre el poeta Hölderlin. Un chileno, Víctor Fariás publicó un libro en francés, *Heidegger y el nazismo*, en que trata de probar las relaciones del filósofo con el partido nazi. Yo participé en esa polémica. Fui amigo de Heidegger y puedo atestiguar que él no era nazi. Aunque quizá no fue demasiado enfático en condenar los crímenes nazis, con posterioridad a mi regreso, porque cuando yo estuve allá eso aún no comenzaba.

“Heidegger me enseñó a verificar las relaciones entre la poesía y la filosofía. Yo estaba destinado a ser un filósofo y publiqué varios ensayos, pero me dediqué a profundizar la poesía, por considerarla fuente no conceptual de problemas relativos al ser, a la existencia, al destino, a la historia. Heidegger en sus últimos años se dedicó, no a escribir metafísica, sino a explorar los principios básicos de la poesía de Hölderlin, Rilke, Trakl...”

—Se dice que su poesía es hermética y Ud. ha confesado que mantiene “una pugna entre la ambición de revelar y la necesidad de comunicar”. También dijo una vez: “no escribo para agradar sino para explorar”. ¿No lo frustra ese acto solitario y silencioso que es la escritura, sin tener eco masivo?

—Hay un mal entendido en cuanto a lo hermético y lo claro. La poesía está ligada al misterio de la existencia; si no hay enigma, no hay poesía. Es verdad que la gente lee escasamente poesía, porque busca lo fácil, lo entretenido. En esto influyen dos fenómenos: una mediocre educación literaria y una mala presentación de la poesía al público, porque no hay crítica, y los poetas en general, son malos lectores de su poesía en público. En otros países los recitales de poesía son presentaciones de textos acompañados de música electrónica, danzas, juegos de luces y colores. Mi *Requiem* fue leído por un coro de varias voces en la Universidad de Rutgers en Estados Unidos, con gran éxito. El año pasado en Buenos Aires, recité *Mi hija vertiginosa* y me interrumpieron los aplausos. A pesar de todo, no oculto cierta frustración. Los diarios se dedican a promover las listas de *best sellers* y guían al lector sólo a eso. Mi poesía no va a aparecer jamás en esas listas. Hay que suprimirlas, y aumentar los cursos, talleres y encuentros más estrechos entre los creadores y el público.

—Expresó, además, que la poesía “de repente es un desgarramiento, un tatuaje desesperado; pero también es una iluminación y una terapia”. ¿Reconoce la influencia del psicoanálisis en su obra? ¿Qué papel juega el inconsciente y lo onírico en su poesía?

—El primer psicoanalista que llegó a Chile fue el doctor Allende Navarro. Yo era un joven sufriendo de angustias e insomnios. En lugar de hacerme aplicaciones eléctricas, él me pedía que le narrara mis sueños. Me calmó y me hizo descubrir que más allá de la razón lógica, existen zonas del espíritu, fuerzas oscuras del fondo de la personalidad.

“Penetré la noción del inconsciente en los románticos alemanes, en Freud, en Jung y, en los últimos años, en el francés Lacan. Los símbolos vienen del inconsciente. En su libro sobre mi poesía, Evelyn Minard, alumna de Lacan, interpreta mis imágenes, mis símbolos, mis obsesiones. A veces parece que no fuera yo sino un *medium* quien dictara mis versos.

—Uno de los más alabados poemas suyos es *Requiem*, escrito cuando murió su madre, en 1942. ¿Qué influencia tuvo ella en su vida y su poesía?

—Mi madre, doña Manuela, tuvo una gran influencia sobre mi vida. Me educó la sensibilidad. *Requiem* no sólo es una elegía a su memoria, sino una exaltación a las *madres del ser*, tal como están en el *Fausto* de Goethe... Además yo nací un 8 de diciembre y venero a María. No sé por qué la *Biblia* habla tan poco de ella.

“Temo mucho a los ingenieros de la genética, y los poetas hemos tratado a la mujer como *objeto erótico*. Los chilenos somos

muy machistas. Después del machista Pinochet, permítanle a un poeta que vislumbre un matriarcado para Chile.

—¿Qué relaciones tiene con la muerte? Ud. expresó que “escribir es tornar el instinto de muerte en energía vital”.

—No puedo negar que a mis años decrecen mis fuerzas, y más que a la muerte temo a la decrepitud. Pero la gerontología progresa. Yo creo que somos fragmentos de un naufragio si los viejos nos dejamos dominar por el tedio. Se ha descubierto que la edad puede hacer doler los huesos, pero no es un *knock out* si conservamos la capacidad de deslumbrarnos, de trabajar, amar, luchar, enfrentarnos ante la muerte.

“Heidegger ha dicho que el hombre es un *ser para la muerte*. Pudiera ser una afirmación truculenta y pesimista. Prefiero la antinomia de Freud: *Eros y Thanatos*. Es verdad que en mi poesía existe cierta obsesión por la muerte. Todos los poetas la tienen en alguna época de su creación. Mi muerte es la de Rilke, no la del suicida Trakl. La reflexión sobre la muerte conduce a la fugacidad del tiempo, a la nada, sobre todo en un hombre como yo, que no es creyente, sino agnóstico. Tal vez yo sea bastante apocalíptico, pero amo la vida, no por subsistir solamente, sino por amor y por asombro. Mi poesía es una afirmación y una valoración de la vida.

—Ud. es un hombre de varios mundos. En el más concreto ha sido toda su vida un diplomático de carrera; en otro ámbito, es filósofo y poeta. ¿Cómo pudo conciliar esos dos lenguajes tan antinómicos?

Aunque parezca contradictorio, mi libro *Estatua de sal* fue escrito en Washington, donde la actividad social es intensa. El formalismo y la banalidad social exigen en el poeta una compensación, la de refugiarse con mayor fuerza en su vida interior. Rubén Darío, Saint John Perse, Neruda, Claudel fueron diplomáticos y grandes poetas. Tuve la suerte de pasar mis últimos años de Embajador en Argelia, Egipto y las Naciones Unidas, especializándome en los Derechos Humanos. La poesía en una profundización y una defensa de los Derechos Humanos y las libertades fundamentales.

—Desde que regresó a Chile, en 1983, ha estado muy cerca de los jóvenes escritores que han necesitado de su apoyo. ¿Cree que en estos años ha habido un resurgimiento de un nuevo lenguaje, una ruptura con la tradición literaria?

—Mucho se ha profetizado sobre la extinción de la poesía en el mundo. Pero surge con sobrado ímpetu. En Chile, a pesar de la dictadura, de la carencia de estímulos, de la ausencia de una crítica orientadora, de la falta de contacto con grandes centros internacionales de poesía, ha surgido una pléyade de poetas jóvenes en Santiago, en regiones, y en el exilio. Hay muchas mujeres y jóvenes de profunda originalidad, con nuevos temas y fuerzas expresivas.

“Advierto ciertos peligros: el minimalismo o poema corto, ingenioso, epigramático. Yo soy maximalista: de poemas largos, como mis antecesores. Vuelve el poema largo en Estados Unidos, con John Ashbery. Aquí hay una neo-anti-literatura, copia del lenguaje coloquial. Los poetas deben citar pero no copiar el habla de la gente. Al revés, la gente debería hablar como los poetas porque nosotros deberíamos ser los custodios de la lengua, sobre todo en un país como éste en que se ha contaminado y degradado. No creo que haya una ruptura de lenguaje: pienso que todos estamos embarcados en el gran buque de la poesía que comenzó en los años 20.”